156

LA NOVELA PI

1
232191



25 cts

LO QUE ELLAS SABEN LOGRAR

POR J. BEGUIN

1

232191

47/148550

Año IV. Núm. 156.

La Novela Picaresca

Esta publicación, como sus iguales en el extranjero, viene a dar todas las semanas el aspecto alegre y sano de la vida en tono regocijado y desenvuelto, pero dentro del más depurado estilo literario.

LO QUE ELLAS SABEN LOGRAR

NOVELA

por

J. BEGUÍN

Dibujos de ZALA

*

PUBLICACIONES
EDITORIAL FLÉRIDA
Calle de Alcalá, 177
MADRID

En el próximo número

Las memorias de un sofá

POR

J. DE VALDEMAR

LA NOVELA EXQUISITA publica esta semana

Una "guayabito" a lo Penagos

NOVELA, POR

José Ortega de Ayala.

Ilustraciones de ZALA

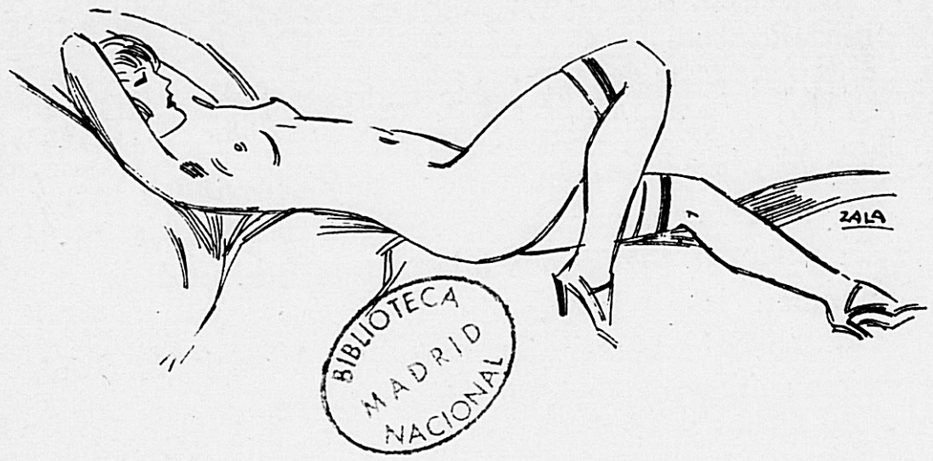
Si todavía no lo ha leído, no deje de comprar, antes que acabe de agotarse, el

Almanaque de La Novela Picaresca de 1925

¡¡EL MAYOR EXITO DE ESTE AÑO!!

UNA PESETA

R. 320 F088



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Estaba en su casa leyendo la Prensa del día el juez don Crisanto—pongamos por nombre—para ver la versión que recogían del hecho. Ya es sabido que los reporters son hombres sagaces en indagar, y que todo juez se atiene a sus informaciones casi más que a las declaraciones de los detenidos, porque éstos calculan lo que les conviene decir y suelen mentir más que aquéllos. A los periodistas les molesta y perjudica haber de rectificar; a los encartados en un proceso, por el contrario, les agradan y hasta convienen las rectificaciones, porque pueden despistar al que instruye un sumario.

El día anterior se había cometido un crimen, y el autor se hallaba detenido. Fué la víctima una mujer de edad mediada, viuda y rica, al decir de las gentes. El asesino, que quizá mató para robar, era su vecino, y no tenía antecedentes penales. El hecho había ocurrido a media noche; a los gritos de la víctima acu-

dió un guardia y detuvo al presunto autor en la puerta de la casa.

El juez todavía no había leído el atestado, ni mucho menos había tomado declaración al detenido. El sumario le correspondía, por haber ocurrido el hecho en su demarcación; pero no estaba de guardia aquel día y era al compañero que lo estaba al que correspondían las primeras diligencias—levantamiento y examen del cadáver, inspección ocular del lugar del crimen, interrogatorio del detenido, etc.

Los periódicos, naturalmente, eran lo explícitos que en estos casos acostumbran. Llevaban el retrato de la interfecta (una mujer vulgar, que no inspiraba simpatía ni antipatía, la detallada descripción de la casa, del dormitorio donde fué hallado el cadáver, de la vida regular que había observado la víctima y de su fama en el barrio de mujer adinerada. Añadían su edad, las fechas de su matrimonio y de su viudedad y los nombres de las personas con quienes se relacionaba. Entre ellos figuraba el detenido.

Al parecer, éste, que era casado, de buena conducta, y que vivía frente a la casa de la viuda, la visitaba con asiduidad. Alguien suponía si le había servido de administrador y por ello sabía el caudal que poseía la señora y el sitio donde lo ocultaba. Y seguían suponiendo que, como conocedor de las costumbres de ella y de que vivía sin criadas, asaltó la casa sorprendiéndola en el sueño, le clavó un puñal en la garganta, vació su caja y hubiera escapado tranquilamente a no ser detenido en la puerta.

Dos horas largas se entretuvo mi amigo en la lectura de los periódicos, reflexionando sobre cada detalle y enfrontando alguna contradicción que halló entre ellos. Recuerdo que me dijo haber llamado su atención el que la interfecta llevase puesta una bata, cosa incomprensible si la viuda estaba en la cama y durmiendo...

La vieja sirvienta del juez interrumpió sus reflexiones para anunciarle que una mujer deseaba hablarle con urgencia. Para no distraerse del asunto, mandó decir a la visitante que volviese otro día, pero hubo de saltar vivamente de su asiento al entrar de nuevo la sirvienta diciéndole:

—Quiere hablarle sobre el crimen de anoche.

Corrió a su despacho y encontró a una mujer de veintitantos años, bonita de cara y tentadora de cuerpo, morena, carnosa, desenvuelta y agradable, que al ver a don Crisanto le dijo con afanosa precipitación:

—Soy la esposa de Juan Pérez, el que ha matado a la viuda de Sánchez...

La afirmación de aquella mujer dejó a mi amigo un momento perplejo. ¿Cómo declaraba tan abiertamente que su marido era el matador? Sospechó que sus declaraciones iban a ser muy importantes y dió orden a la criada de que no se les interrumpiera, cerrando por dentro la puerta de su despacho.

—¿De modo que usted es la esposa...?

—De Juan Pérez, sí, señor; del desgraciado que mató anoche a aquella mala pécora de Balbina Sánchez.

—¿Mala pécora?—preguntó el juez—. Yo tenía entendido que era una mujer de excelente conducta...

—Como lo tiene entendido todo el mundo; porque era tan pícara como taimada y sabía la manera de nadar y guardar la ropa. Se divertía todo lo que podía, y más; pero conservaba las apariencias de mujer recatada y ha engañado a todo el mundo, como trató de engañar a mi pobre marido; sólo que con mi marido le salió el tiro por la culata, como vulgarmente se dice, porque mi Juan es todo un hombre y le dió su merecido. Vamos a ver, señor juez, ¿a usted le parece bien que una mujer se divierta en excitar a un hombre para burlarse de él y echarle una ducha de agua fría luego de haberle encendido?

—Desde luego, no me parece nada bien; pero... ¿está usted segura de que se trata de eso y no de una cuestión de dinero?

—¡Ay, señor juez! Ya veo que a usted le han engañado con el cuento de la fortuna de la Balbina. Tenía cuatro cuartos, es verdad; pero seguramente que cabían en una sola mano. El motivo fué otro, señor juez; fué el que yo le he indicado, y que vengo a contarle con todos los detalles, porque creo que al señor juez le conviene estar bien enterado del asunto...

—Sin duda; pero creo que no es éste el lugar indicado. Las declaraciones debía hacerlas en el Juzgado, para que quedasen unidas al sumario y tuvieran valor.

—¡Ay! ¡No, señor juez! En el Juzgado me daría mucha vergüenza, porque los detalles son muy escabrosos y no podría hablar con libertad. Unicamente me atrevería a contárselo todo aquí, estando los dos solos y pensando que usted es todo un caballero. Comprenda usted que yo soy una mujer decente, y como tengo poca ilustración para hablar con retóricas, y he de nombrar las cosas por sus nombres..., pues..., tratándose de sicalipsis...

—Yo le ayudaría sustituyendo las palabras.

—Estaría demasiado cohibida, y por no poder hablar claro perdería a mi pobre Juan. Ha de ser aquí, señor juez, y usted me permitirá que me exprese con toda libertad...

—Bien; como usted guste.

La cara de aquella mujer resplandeció de alegría, como si ya diera por salvado a su marido. Sin pedir nuevos permisos se levantó de la silla y fué a sentarse en el sofá al lado de don Crisanto, dándole palmaditas en las rodillas familiarmente y comenzando su relación con la mayor desenvoltura:

—Pues mire usted, señor juez: como iba diciendo, la Balbina era una verdadera tía, a la que su marido, que en paz descanse, hubo de dejar por no poder soportar el peso de los cuernos. La señora, que tenía muy buenas cualidades, como hacendosa y ahorradora y dispuesta para la casa, tenía la debilidad de encapricharse de cada hombre que veía y de citarle en su propia casa para satisfacer el capricho, hasta que el desgraciado esposo se cansó de que la gente le hiciera el quiebro por la calle, como si fuese un toro, y dejó abandonada al pendón de la Balbina, lo cual que a la muy zorra le dió la gran alegría, porque así podía divertirse a sus anchas y aumentar sus caprichos a dos o tres diarios, como si fuese una medicina que necesitaba tomar cada tantas horas.



"Todo esto, señor juez, pasó en Murcia, porque, como usted sabrá, allá era donde vivía mientras estuvo casada. Al separarse de ella su atribulado esposo, para no ser testigo de su vergüenza se trasladó aquí, donde murió de pena por haberle faltado carácter para dar a la adúltera una puñalada en el sitio cochino de su cuerpo que todos sus amigos conocían con pelos y señales.

"Entonces fué cuando la conocimos nosotros. Vino ella a hacerse cargo de los bienes del marido difunto, y ya no quiso moverse de aquí, porque soñaba en casarse segunda vez, y comprendía que no podría conseguirlo en Murcia, donde eran demasiado conocidas sus guarrerías.

"Aquí llevaba la vida tan buena, en apariencia, que le decía a usted antes. Hizo amistad con todo el vecindario, dándose aires de gran señora y consiguiendo engañar a todo el mundo. A mi casa venía muchas veces, y también nosotros pasábamos a la suya con frecuencia, especialmente mi marido, al cual buscaba ella continuamente para aconsejarse de la colocación que había de dar a las cuatro pesetas que le correspondieron del difunto. Pero a mí no me engañó, y desde un principio comprendí que se había encaprichado de mi marido; sólo que como yo estaba segura de que mi Juan no era capaz de faltarme con ninguna mujer del mundo, me reía de los embustes que ella inventaba para hacerle ir a su casa y me divertía mucho cuando mi Juan me contaba luego lo que la muy... sinvergüenza había hecho para conquistarle.

"¿Usted no conoce a mi Juan, señor juez? Pues si le conociera usted, comprendería que cualquier mujer se vuelva loca por mi hombre. Es guapo, alto, fuerte, con una simpatía al hablar que marea y una dulzura en los ojos que ilusiona. Con esto y con aquella sangrecita de la Balbina, que necesitaba una ducha a cada hora, había más que sobrado para que la vecina deseara a mi hombre con toda su alma y que recurriera a todos los medios para conseguirlo. Pero mi marido se reía de ella, como me reía yo, y entonces fué cuando la muy golfa cambió de táctica y comenzó a hacer ver a mi Juan que no le importaba de él porque iba a casarse con un gran personaje, que lo menos era duque o ministro.

"Comprenderá usted que a mi Juan le importaba tres cominos que se casase o no, porque ya he dicho que está enamorado de mí y no ve más que por los ojos de su Antoñita, que es una servidora. Pero, al fin y al cabo, es hombre, con tanta sangre y nervios como cualquiera; y como la muy... gallina seguía citándole por las noches con las excusas de siempre, y le representaba al vivo unas comedias... de lo más sicalíptico que puede inventarse..., pues que mi pobre Juan había noche que volvía a casa más alterado que si hubiese bebido pólvora.

"Claro está que comprendiendo el juego de la viuda, mi marido no debía haber vuelto a poner los pies en su casa; pero ya sabe usted lo orgullosos que son los hombres, y mi Juan se empeñó en continuar como si tal cosa, para que ella no se diese aires de triunfo y se pensara que la huía porque era él quien ahora se había enamorado de ella.

"Y esto duró más de tres meses, hasta que anoche, al extremar las cosas la Balbina, sucedió lo que había de suceder. Pero ahora, señor juez, para contar la escena, necesito que usted me dé toda la libertad para hablar y para accionar, a fin de que usted comprenda cómo fué y se haga cargo de lo que debió sufrir el pobrecito de mi marido...

—Concedido, concedido.

—Pues la Balbina le citó, como siempre, para cuando volviese del café, porque sabía que mi Juan no puede dejar de día su trabajo y sólo sale de noche, un rato, al café.

"Mi marido acudió, para que no creyese que le importaba nada, y ella le hizo pasar a su dormitorio y le recibió con una bata que parecía hecha para tentar al mismo San Antonio. Figúrese usted, señor juez, que por bajo se abría al menor movimiento y descubría hasta aquí; mire usted, hasta las rodillas... (Y al decir esto, Antoñita remangaba sus faldas, exhibiendo a los ojos atónitos de don Crisanto un par de pantorrillas formidables, carnosas y esbeltas, enfundadas en medias de seda plata.) Y por arriba era tan descotada que se le veía hasta aquí... Hasta aquí mismo, señor juez, fíjese usted..."

Antoñita, uniendo la acción a la palabra, había soltado su blusa hasta casi la cintura y había hecho que asomasen completamente sus senos firmes y tersos, acariciándose un momento sus vértices agudos para dar mejor la sensación de desnudez. Y el juez



contemplaba embelesado aquella deliciosa hermosura, que comenzaba a influir en su ánimo más que una declaración de descargo.

—¿Le parece a usted, señor juez, que se debe recibir a un hombre en un dormitorio y de esta manera? ¿Le parece a usted que un hombre puede ver estas cosas con tranquilidad?

—No, con tranquilidad, no—contestó don Crisanto, que se iba notando más alterado de lo que convenía a su alto cargo.

—Pues de esta manera se sentó a su lado, pero arrimándosele todo cuanto pudo, como hago yo ahora; pasando una pierna por encima de una rodilla de él, como hago yo con usted..., y echándole un brazo por el cuello, así, fíjese usted, así..., dejando caer la cabeza en su hombro, de manera que las caras estaban juntas y al hablar se rozaban casi los labios..., como ahora nosotros... ¿Comprende usted, señor juez? ¿Comprende usted cómo iría poniéndose mi pobre Juan?

—Sí, hija; lo comprendo, lo comprendo—dijo don Crisanto, sin atreverse a añadir que él se iba poniendo de la misma tesitura.

—La Balbina, mientras tanto, le explicaba que aquélla era la manera como había estado por la tarde en un "cine" con su novio, con el personaje que debe ser lo menos ministro o duque; pero que para mí no es más que una fantasía para dar celos a mi hombre. Le decía que él la había obligado a ponerse así, detrás de las cortinas de un palco, y que se había puesto tan encendido que le dió un pellizco en un muslo...

Y para enseñarle la señal se levantó la ropa casi hasta el vientre, enseñándole el muslo al aire libre, como yo lo enseño a usted ahora, y llevando una mano de él hasta su carne para que lo reconociese, como usted reconoce ahora el mío, aunque sin encontrar la señal del pellizco, como usted tampoco encuentra señal alguna.

—No, no encuentro...—dijo el juez, a quien agradaba la reconstrucción de la escena y se distraía pasando y repasando su mano derecha por la superficie tibia y satinada del soberbio muslo de Antoñita.

—¡Claro! ¡Como que no era más que una estratagema para lucir la carne, que la tenía casi tan abundante y tan prieta como yo, y para excitar a mi pobre marido haciendo que la tocase al natural!... Pero no fué eso todo... Lo peor es que siguió la conversación sobre el novio y le contó que él le había estado diciendo lo que le haría en la noche de bodas..., cosas que no se cuentan a nadie y mucho menos tratándose de lo que no es natural... Porque le decía que él había aprendido en Francia a matar de gusto a las mujeres de cierta manera..., y la muy tuna se lo explicaba a mi Juan haciéndole poner la mano en el sitio donde el novio decía que pondría los labios... Mire usted, *aquí*... Le cogió la mano y se la llevó a semejante sitio..., haciéndole tocar *esto,* como usted lo toca ahora... ¿Qué le parece a usted, señor juez?

—¡Muy bien!

—¿Cómo? ¿Le parece a usted bien que le hiciera tocar semejante cosa a mi marido?

—No. Quise decir que encontraba muy bien *esto*..., lo tuyo...

—¡Ay, señor juez! Ya sé que está mal que represente la escena tan a lo vivo y que le obligue a usted a estas cosas, tan desagradables...

—Todo lo contrario, todo lo contrario.

—... pero es para que usted se haga cargo de lo que debió sufrir mi pobrecito Juan.

—Sí, sí, me voy haciendo cargo.

—Entonces, mi marido le dijo que el tal novio debía ser un sucio, y ella se puso a defenderle, asegurándole que esa faena es la que más complace a las mujeres y que ella lo sabía por experiencia porque también su primer marido tenía aficiones diplomáticas y que muchas veces la había arrebatado así. Y para enardecer más a mi pobre Juan quiso explicarle la posición y se tendió en la cama, como yo hago ahora en este sofá, remangándose hasta la cintura y separando las rodillas de par en par... así... Fíjese usted, fíjese...

—¡Ya me fijo, ya me fijo!—balbució el juez, que respiraba con dificultad a la vista de piernas y muslos y, sobre todo, de aquel sugestivo lunar que había tenido bajo su mano y que la apetecible Antoñita le mostraba sin el menor velo, sonriéndole con los ojos entornados, como en una muda invitación y acentuando cada vez más la separación de los potentes muslazos hasta dejar bien visible y entreabierta la incitante flor roja del pecado.

—Entonces, para obligar a mi marido a fijarse bien en sus intimidades—siguió hablando la mujer de Pé-

rez—, se puso a contarle la manera cómo su primer marido le hacía aquella guarrería, pero nombrando las cosas por sus nombres propios y pasándose una mano por cada cosa que nombraba. "Mira (le decía) primero empezaba por besarme aquí, en la boca, mordisqueándome los labios y haciéndome separarlos para besarme en los dientes y en la lengua. Luego bajaba un poquito hasta los pechos, hartándose de recorrerlos con su boca y entreteniéndose en estas puntitas tan ricas que tengo..., obligándome a suspirar de la impresión que me hacía. Después daba un salto y bajaba hasta los muslos, comenzando aquí, donde termina la media, y llegando hasta la unión de ellos, pero sin internarse, lo cual me ponía la mar de nerviosa, porque como tengo los muslos tan gruesos y tan finos, al pillo le gustaba entretenerse besándolos y mordiéndolos, pero a mí me consumía de impaciencia, deseando que llegase pronto al final... Y cuando yo ya no podía más, le pedía por Dios que terminase pronto, y él me lo hacía pedir con todas las letras... "¿Qué quiere mi riquita? ¿Qué quiere que le haga su maridito?" Y yo, que estaba ya cachonda perdida, se lo pedía cerrando los ojos para que me diera menos vergüenza: "Bésame aquí, precioso, aquí, en medio... Pásame por aquí esa len... tan dulce que tienes... Anda, hazle una buena ... a tu Balbina cachonda...", y en seguida mi marido ponía la cabeza aquí en medio y sacaba la sin hueso y... ¡Ay, hijo, me volvía loca de veras! Yo no hacía más que suspirar y remenear todo el cuerpo como hago ahora..." (Y Antoñita, para remedarla, hacía unas contorsiones de caderas que al pobre juez le ponían al rojo vivo y suspiraba, mordiéndose el labio inferior, como si no pudiese resistir la impresión que sentía.) ¿Comprende usted, señor juez, lo que debía sufrir mi pobre Juan con el espectáculo que le ofrecía la muy bribona y los deseos que debía sentir de lanzarse sobre aquella mujer, que le miraba con los ojos entornados, arremangada hasta la cintura y con las piernas de par en par?

—Sí, hija, sí, lo comprendo... Lo comprendo, porque yo también... también...

—¿De veras, señor juez? ¿También siente usted deseos de lanzarse sobre mí y...? ¿De veras?

Don Crisanto hubo de hacer un verdadero esfuerzo para no perder la poca serenidad que le quedaba y acometer a la desenvuelta mujer lanza en ristre, como estaba deseando ardientemente. Pero todavía pudo más la consideración de su cargo que la excitación de la carne, y se limitó a pasarse una mano por cierto sitio, con el ademán que solemos emplear para calmar a un perro que quiere romper la cadena para echarse sobre un desconocido, y responder sonriendo:

—De veras, hija mía, de veras; pero yo no soy capaz de cometer un asesinato..., y eso que tú me pareces mucho mejor mujer de lo que debía serlo esa Balbina.

—¡Ay, señor juez! Eso no está bien que lo diga yo, pero de ella a mí hay como del cielo a la tierra. Estaba tan gruesa como yo, eso sí, y quizá más, pero sus carnes ya eran blandas y sus pechos colgaban

como los de una vaca. ¡Claro! ¡Como tenía lo menos quince años más que yo y había llevado una vida de tanto sobo y tanto movimiento!... En cambio, yo aunque lo dude el señor juez, no sé lo que es sentir encima de mi cuerpo otra mano que la de mi marido. Y eso que no puede figurarse las cientos de proposiciones de toda clase que me he oído... Porque, aunque nadie me ha visto así, tan natural como me ve ahora el señor juez, los hombres tienen una mirada que parece que taladra la ropa, y adivinan lo que una tiene debajo..., y como tengo estas hechuras tan provocativas, y esta carne tan prieta..., pues..., ya puede pensar el señor juez las cosas que me dirán los hombres... Pero yo como si no los oyera, porque por nada del mundo faltaría a mi pobre Juan..., y si alguna vez me entregase a otro hombre, podría estar bien segura de que sería el primero, luego de mi marido, que habría disfrutado de *esto*...

Don Crisanto volvió a sonreír, no sabiendo qué contestar para no declarar que envidiaría con toda su alma al afortunado que gozase de lo que la apetecible mujer le exhibía sin velos y con las rodillas separadas.

Antoñita se incorporó en el sofá y fué a sentarse con don Crisanto; pero esta vez lo hizo sobre sus rodillas y sin bajarse las faldas, de manera que su carne cálida quedaba en contacto directo con los muslos del juez, y las manos de éste pudieron acariciar al natural los magníficos tesoros de la mujer, pasando bajo sus faldas, una por vanguardia, perdiéndose entre los estupendos muslazos, y otra por retaguardia, pellizcando y masajeando el robusto y opulento círculo en el que se hundían sus rodillas.

—Viendo que mi marido conservaba su tranquilidad y no le pedía nada como ella deseaba, sin duda para reírse entonces de él y mortificarle con su desprecio, la mala pécora de Balbina se sentó en las rodillas de mi Juan, como yo he hecho sobre usted, y se puso a decirle que la verdad era que todo lo que le había contado hasta entonces a ella le gustaba sólo como un entretenimiento, pero que lo mejor le resultaba otra cosa... Y le dijo que lo que deseaba era que su futuro marido tuviese una buena lanza para llegarle a lo más hondo..., porque nada en la vida sacia tanto a una mujer de temperamento como un buen lanzazo en su sitio... Y se puso a contarle que ella había visto lanzas de todas las formas y todos los tamaños..., unas delgadas y largas, casi como el mango de un plumero, y otras gruesas como su muñeca..., y que las largas le gustaban porque llegaban muy profundo y las gruesas la enloquecían porque llenaban todo el hueco... Y así en esta conversación tan indecente se pasó el gran rato, haciéndole declarar a mi marido si su lanza era larga o corta, delgada o gruesa... Y mi marido se reía, pero sin contestar, porque no quería comprometerse excitándose más de lo que ya estaba; pero como ella estaba decidida a llegar a todos los extremos, le echó mano, así como yo hago ahora, y desabrochando estos botones con gran habilidad, como mujer muy acostumbrada a ese manejo, sacó la lanza de mi marido que, dicho sea de paso, es tan hermosa como

la que tengo en la mano ahora..., y se puso a decirle que por una lanza así ella se volvería loca, y que si su marido la tuviese tan desarrollada y tan vigorosa, ella se moriría de placer y la haría morir también a él... Y mientras se la oprimía con su mano ansiosa, se la acariciaba de arriba abajo y se la ponía en un estado parecido a como se está poniendo la de usted... ¿Comprende usted, señor juez, lo que estaría padeciendo mi pobrecito marido?

—Lo comprendo, lo comprendo...—balbuceó don Crisanto, sintiendo que la baba se le caía de emoción al sabio y dulce manoseo acompasado de Antoñita.

—Pues ahora viene lo grave, señor juez, ahora viene lo grave, porque aquella mala hembra, haciendo como que se entusiasmaba con la espléndida lanza que tenía entre las manos, o entusiasmada realmente, porque la verdad es que la cosa lo merecía, por tratarse de una pieza tan voluminosa y tan erguida como ésta que yo tengo en la mano ahora, Balbina, digo, se puso a besar a mi hombre con arrebato, como yo le beso a usted..., y a decirle que si Dios le daba la suerte de que su segundo marido tuviese aquella bendición de... cosa, ella no le negaría nada para tenerle bien contento, y lo primero que haría sería comérsela a besos... Y para demostrárselo se puso de rodillas ante él, como yo me pongo ante usted, y comenzó a llenar de besos la lanza de mi marido, como yo beso ahora la suya... y luego a pasarle la lengua por *aquí*, y por *aquí*... y luego abrió la boca y...

Antoñita permaneció un momento sin hablar, porque la exacta reproducción de la escena se lo impedía, y don Crisanto pasó uno de los ratos más dulces de su vida con la atrevida caricia que la mujer de Pérez le prodigaba. Hasta que, incapaz de contenerse por más tiempo, y temiendo que sus fuerzas le abandonasen, suplicó a Antoñita, entre suspiros:

—¡Por Dios, hija mía, bastante, que no puedo más!

—Una cosa parecida le pasó a mi marido—siguió diciendo Antoñita al poder recobrar el habla—, que tampoco podía resistir y estaba a punto de olvidar que aquella mujer no era más que una pícara que quería jugar con él, y hasta de olvidarme a mí, y cometer un atropello. Porque cuando los hombres se encienden hasta ese extremo son capaces de todo en tal de satisfacerse... ¿Verdad, señor juez?

—Sí, hija, sí...—dijo él sin saber lo que decía y sospechando que aquella escena iba a acabar mal si Antoñita no se mostraba al fin lo complaciente que él iba necesitando.

—Pues entonces se levantó ella y se sentó otra vez sobre mi marido, pero poniéndose a caballo, como yo me pongo y agarrándole otra vez la lanza, la llevó hasta su... cosa, como yo hago, rozándosela por la puerta, como yo rozo la de usted, y diciéndole que si fuera su marido serían muy felices en esta posición... Así como yo se lo voy a decir ahora... ¡Ay, señor juez! Si ahora fuese usted mi marido me dejaría hundir toda esta lanza aquí dentro... Con sólo apretar un poquito, como está a la misma puer-

ta, entraría toda... ¿Verdad que entraría toda, señor juez?

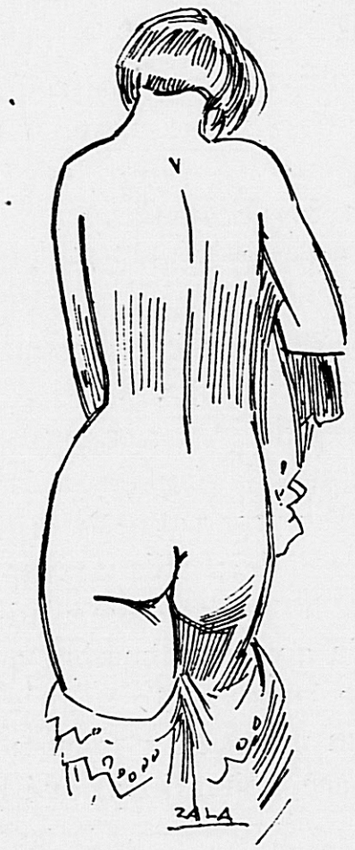
—Sí, me parece que sí... ¿Quieres que probemos?

—Eso mismo creo que fué lo que le propuso mi marido, aunque fingiendo indiferencia, porque no quería darle a entender que sus coqueterías le habían causado demasiada impresión. Pero ella, ella siguió diciéndole que eso y más sería si se tratase de su marido.

—Me va pareciendo que si la tal Balbina hizo lo que me estás diciendo, era una solemnísima...

—¡Ya lo creo que lo era! Figúrese que, como si con todo lo anterior no hubiera habido bastante, le dijo que ella sabía que hay hombres viciosos que tienen caprichos muy raros, pero que estaba dispuesta a no negar nada a su futuro, si es que tenía una preciosidad de lanza así... Y para acabar de enloquecerlo se levantó, y poniéndose de espaldas se arremangó la ropa hasta la cintura, como yo hago ahora, poniéndole de manifiesto su parte trasera, que en realidad era lo mejor de su persona, aunque no sé si lo tendría tan macizo y tan bien contorneado como éste... Y puesta así, agachándose un poco y volviendo la cara para sonreírle, le dijo que si fuera su marido le dejaría disfrutar también con aquello que le enseñaba, que se dejaría hundir la lanza por allí hasta que se muriese de tanto goce. Y se fué acercando hacia mi marido, sin bajarse las faldas y andando de espaldas, como yo me acerco hacia usted, para que pudiese tocar lo que le exhibía con lujuriosos balanceos, así como yo hago... Y él tocó, como usted toca ahora... ¡Toque, toque, señor juez, no tenga reparo, que lo que yo deseo es que usted se haga cargo de lo que pasó entre mi marido y la prójima ésa!

Don Crisanto llevó sus pecadoras manos a la soberana esfera, sobajeándola con detención y arrebatán-



dose en acariciar las desbordantes posaderas, probando si podía pellizcar la carne dura y entreabriendo los opulentos hemisferios como si en su centro pudiese hallarse algún oasis propicio para saciar la sed que secaba la garganta del buen juez.

—En esta misma posición—siguió diciendo Antoñita—se sentó la Balbina sobre las rodillas de mi marido, pero agarrando la lanza para sostenerla en la dirección que deseaba, como yo agarro la de usted, y diciéndole la misma cantilena de que si fuese su marido la sepultaría por aquel sitio..., por el sitio que yo pongo en este momento la de usted..., haciendo que rozase allí en medio, frotándola contra la puertecita de entrada..., como yo froto ahora la de usted... ¿Qué le parece, señor juez? ¿Padecería mi pobre Juan con las coqueterías de aquella sinvergüenza? ¿Qué le parece? ¿Qué le parece, señor juez? ¿Qué le parece?

Antoñita, para reproducir la escena con toda exactitud, había llevado la lanza de don Crisanto hasta la escondida senda de los placeres sodomíticos, y en su mismísimo centro la frotaba a la vez que hacía como si fuese a sentarse sobre la erguida arma.

Don Crisanto callaba; callaba suspirando con fatiga, porque aquello era ya demasiado para él, y no sabía si decir a la apetitosa hembra que cesara en la representación de la escena, o pedirle por favor que le dejase obrar un momento por cuenta suya.

—¿Qué le parece, señor juez, qué le parece?—seguía preguntando Antoñita—. ¿Comprende lo que debió pasar por el ánimo de mi pobrecito marido, cuando quiso formalizar la cosa y entonces se le escurrió de las manos la muy golfona, riéndose de él y negándose a lo que al pobrecito le hacía tanta falta? ¿Verdad que no se puede dejar a un hombre de esta manera y se comprende que hiciera una barbaridad el pobre Juan? ¿Verdad que se comprende, señor juez?

—¡Cristo, si se comprende!—exclamó el buen don Crisanto, ya sacado de sus casillas, desviando la dirección de su lanza un poco más abajo, que era donde quedaba la gruta delantera de Antoñita, y agarrando a ésta fuertemente de las caderas para hundir el arma en sus deliciosas profundidades—. Mira si se comprende, que si tú fueras capaz de hacer ahora conmigo lo que hizo esa Balbina con tu marido, te mataba como a ella.

—No, señor juez, yo no... Yo me dejo...—dijo Antoñita inclinándose hacia delante y separando las rollizas columnas de carne prieta, para facilitar la entrada del arma—. Yo me dejo..., pero usted ha de ser también bueno conmigo..., usted ha de prometerme que hoy mismo decretará la libertad provisional de mi marido...

Don Crisanto era, como hemos dicho, un juez íntegro. Al oír la enorme pretensión de Antoñita, vaciló, porque era hombre incapaz de faltar a una palabra dada y no quería comprometerse en un asunto tan serio. Pero Antoñita notó la vacilación, y con sólo un hábil movimiento hizo salir la lanza del dulce estuche en que había entrado. Y el buen juez, atenazándola nuevamente de las caderas y tanteando con la lanza la entrada del estuche, dijo, desfallecido:

—¡Te lo prometo! ¡Te prometo todo lo que quieras, pero déjame, deja...!

—Sí, me dejo, me dejo...—dijo Antoñita, balbuceando también, porque la larga preparación la había

puesto en el estado que puede suponerse, y la soberbia lanza de don Crisanto era en aquellos momentos un verdadero consuelo para ella—. Cuento con su palabra y me dejo... ¡Venga, señor juez, venga, apriete un poquito..., un poquito más...! ¡Así...! ¡Ayyy...!

Y apretando don Crisanto con todas sus fuerzas, y ayudando Antoñita como podía, el buen señor tuvo la felicidad de clavar un puyazo que no dudamos en calificar de magistral, dado el cargo que desempeñaba de magistrado.

Un ratito después, sentados nuevamente en el sofá, don Crisanto se enjugaba el sudor y decía con acento verdaderamente afligido:

—Me has hecho darte mi palabra y me has puesto en un verdadero compromiso. Poner en libertad a un asesino al siguiente día de cometer el asesinato, es un absurdo que puede costarme la carrera.

—No, no tanto—dijo melosamente Antoñita, que había pasado sus brazos amorosos por el cuello del juez y había olvidado de bajar sus faldas, haciendo que las manos de él se perdiesen debajo de aquéllas, para que siguiera acariciando las apetitosas carnosidades y este contacto mantuviese el entusiasmo del buen don Crisanto—. No tanto como eso. Afortunadamente está la gente acostumbrada a mayores barrabasadas que se cometen en nombre de la justicia. Conceder la libertad provisional, bajo fianza personal o metálica, no te compromete a nada y tampoco es todo lo que yo deseo. Yo quisiera algo más... Yo quisiera que me prometieras sobreseer la causa.

—¿Sobreseer la causa? ¿Una causa por asesinato en la que está detenido el autor? ¿Estás loca?

—¡Tonto! ¿Es posible que no veas la manera, siendo juez y con el talento que tienes? Mi marido no se ha declarado autor. Ha dicho que había acudido a casa de la viuda al oír los gritos, y que fué sorprendido en la puerta cuando entraba y no cuando salía. No se le encontró encima arma alguna ni dinero ni nada que le comprometa. Es hombre de muy buena conducta y de inmejorables antecedentes... Sólo podría denunciarle la declaración de la Balbina, y esta mala pécora ya no hablará. Ya ves cómo sí que puedes concederme lo que te pido sin arriesgar tu nombre. ¿No quieres ser bueno conmigo? Dime que sí, dime que vas a complacerme, y yo te prometo ser buena contigo también, y otra cosa que no te la esperas...

—¿Otra cosa?

—Yo tengo una hermana, más joven que yo y más hermosa que yo, que me quiere mucho, y que si yo se lo pido será igualmente amable contigo. Mira, esta noche (la única que mi Juan pasará en la cárcel, ¿verdad?) vienes a mi casa y... te prometo que entre mi hermana y yo te haremos muy feliz, mucho, tanto como a ti se te ocurra, porque no habrá deseo tuyo que nosotras no estemos dispuestas a satisfacer... ¿Verdad que vendrás? ¿Me lo prometes? Ya ves que ahora no te pido nada de mi marido; sólo te pido que vengas a pasar la noche con mi hermana y conmigo...

Sobradamente comprendía don Crisanto que no

debía acudir a la cita en que se trataría de corromperle, de sobornarle con caricias, de hacerle prevaricar en su sagrada misión. Pero había tal ternura en los ojos de Antoñita, veía en sus pupilas una promesa de tan sibaríticos placeres, y le tentaba tanto el ofrecimiento de la segunda hermana, que..., bajando los ojos como si sintiese vergüenza de sí mismo, murmuró:

—Iré.

* * *

Al entrar don Crisanto en casa de Antoñita fué recibido por ésta y su hermana, echándole ambas los brazos al cuello y disputándose para besarlo. Le hicieron pasar al comedor y le sentaron ante la mesa, acomodándose ellas a sus lados de manera que ambas quedaban al alcance de sus manos.

—¿Has cenado fuerte?

—Como para una noche de bodas.

—Pues tomarás café.

Se lo sirvieron riquísimo, verdaderamente exquisito, aunque no estamos seguros si le pareció tan bueno por su calidad o por la manera de tomarlo; porque cuenta, lector, que las dos hermanas, sentadas a sus lados, habían pasado un brazo por su cuello y un muslo sobre sus piernas, acariciándole con la mayor ternura y sonriéndole con una expresión que no dejaba dudar de los buenos propósitos de que estaban animadas.

Pudo entonces examinar a su sabor a la nueva amiga, y hubo de reconocer que en nada le había engañado Antoñita. Su hermana Luisa era indudablemente más joven y mucho más hermosa. No poseía los incitantes desarrollos de Antoñita, pero su cuerpo era de una ideal delicadeza de líneas, de una armonía perfecta, de una suavidad tan incitante o más que las procaces curvas de la hermana mayor. Y nuestro afortunado amigo, aunque sospechando las promesas que aquella aventura iba a costarle, bendijo en su fuero interno la idea que había tenido Pérez de asesinar a la viuda de Sánchez y la de Antoñita citándole para trabar íntimo conocimiento con su preciosa hermanita.

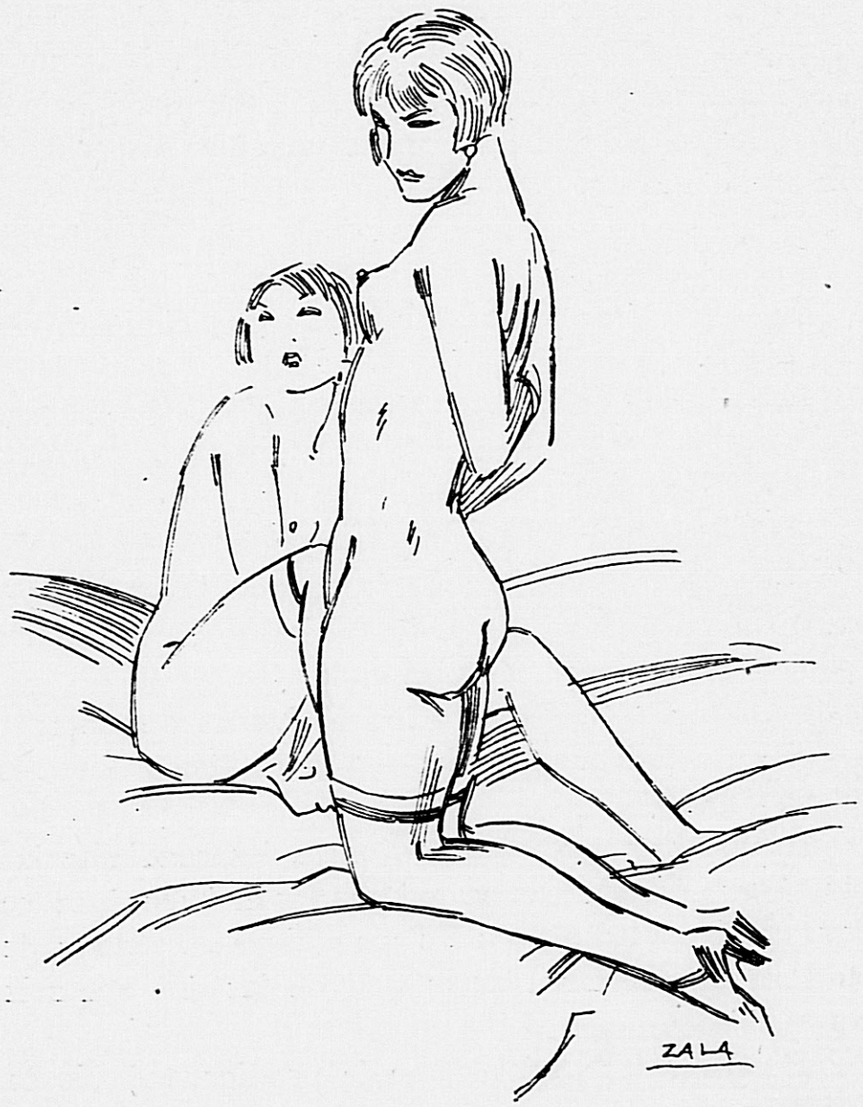
—Vamos a mi cuarto—dijo Antoñita—. Vamos a mi cuarto, porque hemos de hablar mucho y allí estaremos mejor; ¿verdad?

Enlazados por la cintura, formando un grupo delicioso, pasaron al dormitorio, donde las hermanas se pusieron a desnudar a don Crisanto hasta dejarle como su madre le echó al mundo.

—La ropa estorba para lo que hemos de tratar... —volvió a hablar Antoñita—. Quedémonos nosotras como está él.

En un abrir y cerrar de ojos se desprendieron las dos hermanas de sus vestiduras, y el buen juez se maravilló contemplando las magníficas esculturas de ambas, sin acertar a decir cuál de las dos era más apetecible.

¿Describir las caricias que le prodigaron? No lo intentaremos, porque necesitaríamos mucho espacio para ello y les pondríamos demasiado largos los dientes a nuestros lectores. Baste decir que una detrás de otra se ofrecieron a la plena posesión y que don Cri-



santo desfalleció de placer varias veces sobre cada una, alternando en la pareja y obteniendo los mismos resultados de felicidad con la hermana mayor como con la pequeña, sin que ellas estuvieran ociosas en ningún momento; porque, en sus deseos de que el juez obtuviese el máximo de dicha, inventaban lo que seguramente no habían practicado nunca, y mientras la hermana mayor se ofrecía a ser cabalgada, la pequeña hacía con sus manos cuanto le permitía la posición de los amantes y ayudaba al mayor éxito sosteniendo las borlas del bastón de mando que el juez llevaba siempre consigo, lo que era imitado luego por Antoñita cuando don Crisanto se tendía sobre Luisa.

—Si se te ocurre alguna otra cosa, dínoslo; si te apetece algo extraordinario, no tengas reparo en pedirlo. Tú eres nuestro sultán y nosotras somos tus esclavas dispuestas a complacer a nuestro amo en todo lo que nos pida.

Don Crisanto no se quedó corto, y puesto a pedir les pidió hasta la luna. Y ellas fueron tan complacientes y tan sumisas que se colocaron de bruces sobre la cama, ofreciendo al sultán sus lunas redondas, abultadas y sedeñas... Y don Crisanto las taladró con su lanza, una luego de otra, remedando a los vendedores de melones, que para convencer al público de la bondad de su mercancía clavan su cuchillo en el mismísimo centro de las sandías.

Luego... imagine el lector las nuevas exigencias que tuvo don Crisanto. Yo sólo puedo asegurarle

que nada le quedó por pedir ni nada a ellas por conceder...

Y dos días después el buen juez firmaba la libertad de Juan Pérez. Y no mucho después quedaba sobreseída la causa por asesinato de la viuda de Sánchez.

¡Lo que ellas saben lograr!



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID



El soberbio Almanaque de «La Novela Picaresca» lleva una lujosa portada de Ribas, contraportada de Loygorri y numerosos chistes y dibujos, en el texto, de Mel, Eros y Oximel. Contiene además cuatro novelitas de J. Valdemar y numerosos trabajos de C. Marsey, Valentín de la Villa, Góngora, etc., etc.

EL MAYOR ÉXITO DE ESTE AÑO